

esperar que me recibireis, que podremos hablar, conocernos mejor... ¿Quereis?

Había tal sencillez y tanto respeto en esta declaración que la joven no pudo resistir más.

—Bien, sí, nos volveremos á ver. ¿No habeis dicho que sois médico?

—Sí. Soy doctor hace tres años.

—Tengo una hermana enferma, muy enferma, casi sin remedio; más joven que yo: un angel de resignación y de bondad. Id á verme mañana, si podeis.

—Sin duda que podré. ¿Quién me lo estorbaría?

Al darle las señas y su nombre, le pareció á Margarita que pedía una limosna. ¿No estaba acaso reducida á ese extremo? Pero siquiera de este modo, él lo vería por sí mismo, yendo á su casa, donde ella podía atreverse á contar su historia entre los mudos testigos de su pasada prosperidad, mientras que bajo los árboles del boulevard, testigos del odioso comercio de la sensualidad, no podía parecer más que una aventurera explotando á los transeuntes con estudiadas mentiras.

El joven la contempló un instante, impresionado por su gracia y su tristeza, y se marchó repitiendo muy conmovido:

—Hasta mañana.

Ella permaneció muda, felicitándose por el inesperado socorro que le salía al encuentro. ¿Qué era lo que buscaba? Algunos momentos de respiro, un calmante para sus penas, el tiempo necesario para que su infe-

liz hermana espirase en paz y el medio de asegurarle una sepultura en un rincón del cementerio del lugar.

Después, á fuerza de trabajo, podría pagar al generoso amigo que le tendía una mano en aquella horrible situación.

El joven se hallaba lejos cuando Margarita volvió de su ensimismamiento. Ignoraba el nombre de su salvador, pero confiaba en él; estaba segura de volver á verle.

A su espalda, los dos hombres que la seguían, se dijeron:

—Ya mordió el cebo, pero parece que el pez se escapa. A otro, hermosa mia.

Margarita avanzó algunos pasos y se detuvo en frente de una casa que materialmente despedía resplandores y en cuya puerta había formado con luces de gas este rótulo:

ELISEO MONTMARTRE.

XIII

En la red.

El nombre y el sitio eran desconocidos para Margarita, preocupada con el encuentro del joven, sin que lograsen distraerla por completo de sus ideas el atronador ruido de la música que sonaba dentro ni el alboroto producido por la multitud andrajosa que escuchaba á la puerta, esperando la salida de los que se divertían.

Los apóstrofes de mal gusto con que la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE DE LA FORTUNA, 100
SAN ANTONIO, TEXAS, MEXICO

acogieron aquellos entretenidos, bastaron para traerla á la realidad.

Algunos, mas desvergonzados, se acercaron á ella dirigiéndole invitaciones poco decorosas. La joven, estupefacta ante aquella agresión y avergonzada por las risas maliciosas de los que la rodeaban, no tuvo fuerzas más que para decir con voz temblorosa:

—Os engañais... dejadme... os lo ruego...

Y se alejó corriendo, perseguida por las injurias y los apóstrofes de los desocupados.

Los dos desconocidos que la seguían desde la calle de Douai, no la perdieron de vista. El más viejo miró su reloj y dijo:

—Las once. Esta es la hora.

Los dos hombres se separaron. El más joven alcanzó á Margarita, que le preguntó:

—La calle de Douai... ¿me hariais el favor?...

Pablo Bordier no se conmovía fácilmente; pero el acento de la huérfana le inspiró lástima.

—¿Os habéis perdido?...

—Sí, señor, ó poco menos. Soy casi extranjera en París; sobre todo en este barrio.

—¿No lo conocéis bien?...

—Nunca he estado en él.

—¿Y esta noche?...—preguntó el agente guiñando los ojos.—Vaya, no os hagais la inocente... por algo habréis venido. ¿En busca de un amante?...

—No creais...—

—O mejor, en busca de unos luises... Siempre hace falta el dinero, y los tiempos son duros. Sed franca...,

La joven trató de huir, pero sin irritarse. Se hallaba en tal estado de confusión y abatimiento que no tenía fuerzas ni para indignarse. En aquel momento se encontraba como un hombre de bien perdido de noche en un bosque poblado de ladrones, sin atreverse á escapar.

Como guardaba silencio, el agente continuó:

—Me parece que nos hemos visto otra vez....

—¿En dónde?

—En el ferrocarril de Tours á París.

—¡Ah!... Sí—dijo ella maquinalmente,—es posible.

—Vamos, sed amable; yo seré, si os place, el adorador que buscáis... ¿Qué necesitais?... Decidlo, pues aunque no he venido de las Indias, sé conducirme como un nabah.

Margarita no le escuchaba, embargada su atención por clamores confusos que llegaban á sus oídos del lado del boulevard Rochechouart, algo distante, y que conforme se aproximaban parecían gritos de terror provocados por una carga de caballería sobre una multitud fugitiva.

—¿Qué es eso?—preguntó anhelante, olvidando la grosera audacia de su interlocutor.

—Nada, poca cosa;—dijo él.—Un barrido, como quien dice. Una limpia de granujas y de desarrapados. Hace falta limpiar de vez en cuando la basura.

La joven no entendía una palabra. ¿Cómo había de entenderla en su pureza?

—¿Entonces está por ahí?—dijo señalando á la plaza Chichy.

—¿El qué?

—¿La calle de Douai?

—Sí, pero ahora no se puede pasar.

—¿Por qué?

—Mirad.

Una muchedumbre de fugitivos, hombres y mujeres, se precipitaban vomitando injurias, juramentos y amenazas, empujados por una banda de agentes de policía que avanzaba sobre ellos á galope, mientras otros agentes cubrían la plaza de Chichy y las calles trasversales, formando una especie de red donde aquella caza humana, hostigada por detrás, quedaba presa. Hasta la altura del Elíseo de Montmartre, todas las salidas estaban cerradas. No había medio de escapar.

El acompañante de Margarita desapareció en la confusión, pero fué para entregarla á su cómplice, que no los había abandonado. La desgraciada se sintió cogida fuertemente por el hombro, mientras una voz ruda le decía:

—Estais detenida.

—¿Yo?—gritó ella.

—Sin duda, vos.

—¿Pues qué he hecho?

—Demasiado lo sabeis.

—Yo soy inocente.

—Todos dicen lo mismo. Ya lo contareis en otra parte.

—¿En dónde?

—En la prefectura de policía,

—Pero...

—Poca conversación.

La desdichada buscó con la vista un defensor y no encontró á nadie.

Entretanto se verificaba en aquella masa cercada por la policía una especie de selección. Los agentes arrojaban fuera del cordón formado por ellos los prisioneros que les designaban algunos jefes, mientras que se apartaba un número de elegidos, mujeres en su mayoría.

Sin duda tenían órdenes especiales respecto de Margarita Souvray, pues mientras los demás iban mezclados al azar, ella quedó bajo la vigilancia del coloso que la había capturado, y pudo observar á alguna distancia á Pablo Bordier conversando con uno que parecía jefe y tomaba notas con mucha prisa fijándose mucho en ella.

Había caído en un lazo, indudablemente, y era inútil la resistencia.

Presenció asombrada aquel espectáculo extraordinario, aquel empleo de la fuerza para prender mujeres, porque había muy pocos hombres detenidos, la brève operación por la que quedaban libres ciertos favorecidos y presos otros que no parecían más culpables que los demás.

Pero ¿de qué eran culpables?

Margarita en su inocencia no podía decir cual fuese su delito, ni la causa de aquella increíble razzia. Se consideraba víctima de un error y creía verse pronto en libertad; pero la atormentaba el recuerdo de su pobre enferma, que se preguntaría con inquietud

tud la causa de su tardanza, y entonces miró á su guardian y juntando las manos le dijo con acento suplicante:

—Señor, estoy desesperada. Tengo una hermana enferma y vivo sola con ella: quizás esté agonizando.

El agente hizo un gesto de indiferencia, acentuado por una carcajada irónica y brutal.

—Una hermosa historia—dijo—pero por desgracia, aquí no sirve.

—Os juro que digo la verdad.

—Ya la direis á otros, yo no tengo nada que ver. Me mandan deteneros y os detengo. No conozco más que la consigna.

—Os aseguro que esto es una equivocación.

—Todas decís lo mismo. Si se os creyera, todo sería errores. Ya os explicareis...

—¿Con quién?

—Con el jefe, el comisario central.

—¿En dónde está?

—Durmiendo probablemente.

—¿Cuándo le veré?

—Cuando él quiera. Mañana seguramente. Antes no, con toda certeza.

—¿Y entre tanto?

—Dormiréis en buena compañía sobre buena cama, guardada por buenas gentes, para evitaros cualquier desgracia.

—¡Me espantais!

El agente se encogió de hombros.

—¡Señor!—suplicaba la joven—¡por piedad! Yo no he hecho daño á nadie.

—¡Oh! por mí no me quejo ni pido la ca-

beza de nadie. Lo que os puedo decir es que se os ha detenido por vuestra falta. Después de todo, me lavo las manos. Obedezco órdenes superiores.

Margarita entrevió vagamente la verdad, experimentando una sensación parecida á la del que por un paso en falso se precipita en un abismo insondable. En aquel espantoso aturdimiento de su alma le parecía oír la voz seca, irritada y amenazadora de Roland Beroult, dirigiéndose á ella y á su hermana moribunda:

—«¿Queréis la guerra? ¡Tened cuidado! ¡Me defenderé!»

Era hombre de palabra.

XIV

Fuera de la ley

Al dirigirse á la calle de Douai, el secretario del conde de Magny, Roland Beroult, el asesino y el ladrón del Fresne, tenía trazado su plan. Enterado de cuanto sucedía en la Turena por su fiel servidor M. Giraud, no ignoraba que las hijas del coronel conservaban algunos partidarios que aprovechaban el natural asombro de las gentes al saber que había desaparecido la fortuna de Souvray, para remover el pasado y buscar las huellas de la rapacidad de los Beroult.

El viejo mendigo de Serigné que, como es sabido, se inutilizó realizando, con riesgo de su vida, un acto heroico, era por esta circunstancia, y por su irreprochable pro-

ceder, considerado por todos, y su tenaz defensa de las huérfanas encontraba eco en muchas partes.

Solía decir muchas veces, á propósito de este asunto, haciendo un gesto expresivo, muy común en él:

—No se sabe nada; pero ya se sabrá... Una fortuna tan grande no se pierde sin que se sospeche del conducto por donde ha pasado. Quien viva lo verá.

La vieja criada de los Beroult temblaba siempre que le veía aparecer por la plaza de la iglesia de paso para su casa; las miradas del mendigo le producían escalofríos.

En medio de todo, Peschard no sabía más que los demás. Adivinaba el crimen, mas no poseía ninguna prueba, aunque la había buscado con empeño; pero tenía la virtud de la tenacidad y esperaba.

Para Roland Beroult el peligro no era inminente, pero existía y era preciso conjurarle, para lo cual no veía otro medio que avasallar para siempre á la mujer cuyos ataques temía, haciéndola caer tan bajo que le fuera imposible levantarse, arrebatándole la dignidad, como antes le había arrebatado su patrimonio, y aniquilándola, hasta el extremo de que pasara por todo, á cambio de su redención.

Parece inverosímil que pueda existir un poder capaz de esto, y, sin embargo, existe. La policía lo poseía y lo posee aun.

Roland, pues, no tenía más que elegir en el arsenal de sus armas. Para ejecutar la amenaza dirigida á las hijas del coronel

Souvray, no tenía más que dar una orden, y la dió al perder la esperanza de la imposible reconciliación con que tal vez había soñado. Ya hemos visto cómo se cumplió.

Cuando los carruajes que conducían á los cautivos de la cacería nocturna, se detuvieron en medio de un patio oscuro, profundo como un pozo y rodeado de altas murallas hendidas y mohosas, Margarita salió de su estupor y preguntó á su vecina:

—¿En dónde estamos?

—En el depósito, pardiez—respondió la otra.

Y como la hija del coronel, sin acabar de darse cuenta de su situación, guardáse silencio, la otra siguió diciendo:

—¡Ah! ¿Esto es una novedad para ti? ¿No sabes nada? Es un buen conocimiento. Ya verás.

Margarita examinó atentamente á su compañera, que era casi una niña, con aspecto de obrera, cuya demacración indicaba las crueles privaciones de la miseria, leyéndose en su rostro un enervamiento mortal, que enterneció á la hija del coronel, haciéndole olvidarse de sus propias desdichas.

—Sois simpática—la dijo,—ha sido una suerte, en medio de mi desgracia, el encontraros.

—Triste suerte—murmuró la joven;—pero, en fin, puedes aprovecharla, si quieres; procura no separarte de mí, y pasaremos juntas la noche.

—¡La noche! ¿Nos encerrarán aquí?

—Sin tomarse la molestia de pedirnos permiso.

La conversación fué interrumpida por los agentes, que llevaron á empujones á aquel rebaño femenino á una habitación semejante á la de un cuerpo de guardia, y en la que había bancos y camas de campaña para las detenidas, en número próximamente de doscientas.

Margarita y su compañera se encontraron juntas en un rincón de la inmunda sala, y pudieron hablar en voz baja, mientras las demás dormían tendidas en las camas, sin desnudarse ó sentadas en los bancos.

En la calamidad que se cernía sobre Margarita, y cuya extensión no apreciaba bien, había un lado misterioso que deseaba esclarecer. Su camarada vino en su ayuda.

—¿Cómo te llamas?—la preguntó.

La hija del coronel no mostró extrañeza por esta familiaridad, porque nada podía ya sorprenderla, y contestó sencillamente:

—Margarita. ¿Y vos?

—¡Ah! Eres mujer de buenos modales.

—¿Por qué?

—Porque no se dice «¿y vos?» sino «¿y tú?» Yo me llamo Manette. No he conocido á mi padre; mi madre ha muerto; trabajaba en un taller y quebró mi principal. Después no encontré trabajo en ninguna parte, y como no había que comer, hice lo mismo que tú haces esta noche.

—¿Yo?

—Sin duda, puesto que te envían con los demás. Esta es la tercera vez que me pa-

sean en los carruajes de la prefectura... Pero siempre me he negado á firmar el libro.

—¿Qué libro?

—¡Ah! ¿no lo sabes? Pues bien, querida; cuando se pone en él un nombre, es para siempre.

Margarita balbució.

—No comprendo.

—Yo sí y por eso no he querido... Pero veo que no tendré más recurso que someterme, porque de lo contrario, estos perros nos arrancarían la piel.

—¡Pero, qué queréis decir?

—Mira; el que figura en ese libro odioso y sucio, ya no se pertenece; pertenece á la policía. Hay que presentarse á cada momento, se tiene una cartilla, se forma parte del rebaño, y no hay justicia para una. Los libertinos que nos vigilan son nuestros dueños; no es una ya una mujer, sino un número. Esto es horrible. Pero ¿no lo es también la miseria? ¡Oh! ¡Si tu supieses lo que se ve en París y por lo que hay que pasar! Pero ya lo sabrás, á no ser que...

—¿A no ser qué?...—preguntó ávidamente Margarita.

—Eres hermosa y quizás encuentres un hombre menos egoísta y menos bestia que los otros, que haga tu ventura. Es la única suerte que nos puede salvar. Yo no puedo esperar ni eso... porque soy muy fea. Por consiguiente estoy perdida.

En el tono indiferente con que pronunció estas frases se trasparentaba una inmensa desesperación.